

## ESCALONES

Toda la vida juntos frente a las puertas del teatro de la Zarzuela, yo el tercer escalón y tú el último del primer tramo según se entra por la esquina de la calle de los Madrazo. Toda la vida, se dice pronto, desde que nos vistieran de gala para el cumpleaños de la reina Isabel, allá por 1856. Cómo lucíamos, eh, qué galanos y nuevos, tan mozo tú y tan moza yo. A ninguno nos dolían las costillas de los golpes ni nos pesaba ese polvo que se adhiere a todo y que los poetas llaman “los años”.

Lo que ha llovido desde entonces y el calor que hemos pasado algunas veces, ¿te acuerdas? Pero dicen que el verdadero amor se crece (¿o se cuece?) en las dificultades, y yo te designé el chulo de mi corazón la mañana en que ardió el cielo de Madrid, cuando el agua de los bomberos y tu sudor se confundieron en mi cuerpo de granito. Aunque perdimos la casa que custodiábamos, salimos con bien de aquel fuego y aplaudimos a rabiar cuando el maestro Luna reinauguró el coso con su orquesta. Eran los años de Falla y Amadeo Vives, de las óperas y fantasías de Tomás Bretón. De los trajes de crespón de algodón blanco, las faldas de lana y las plumas de avestruz. Los años nuestros, pisados por tacones de hombre y de mujer, piedra sobre piedra a la intemperie, tan cerca y tan lejos siempre, porque, en el fondo, amor mío, somos lo que somos: inanimadas raíces, tarimas para los pies, el sueño de un patriarca bíblico que abre los ojos a un escenario de música y color.

Pero ¿quién dijo que las piedras no sentimos? ¿Aquel príncipe de Nicaragua o París? ¿Quién dijo que nuestro corazón no puede abrasar esta pequeña zarza? ¿Que no soñamos cada noche con una mano que alise este desnivel y nos permita, por fin, mirarnos a los ojos, sin tabicas ni voladizos? Cuando te miro, fantaseo con que somos una sola carne, como la rampa que nos pusieron al lado para las sillas de ruedas, y que nos susurramos al oído las letras de las canciones que nos sabemos ya de memoria: el mantón de la China-na y el de Manila, cuánto tiempo sin verte, Luisa Fernanda, y esas ciencias que adelantan una barbaridad, una brutalidad, una bestialidad.

¿Te acuerdas del día que nos plantaron aquí? Naturales de una misma cantera, fuimos nómadas hasta llegar a este atrio de frufnú y agua de colonia, el mejor de Madrid, el más jaranero y el más prudente, el más sobrio y el más ebrio de fiesta. El albañil nos explicó que nunca podríamos cruzar el umbral de nuestra propia casa y que el lumbago y la mugre serían el precio que tendríamos que pagar por nuestra eternidad. Y, a pesar de

todo, entendimos que hay vidas más tristes que esta. Las vidas de nuestras hermanas del cementerio, por ejemplo, que solo saben de endechas y no han probado jamás los azucarillos ni el aguardiente, o las de esos guijarros que se dejan llevar por la corriente de los ríos, sin reposar nunca en una mirada.

Solo hay una magia en el amor –una sola–, y es el tiempo. El deseo es pasajero de la memoria, viene y va, se sube o se apea del vagón. Pero el amor, no, el amor es el tren que horada el paisaje y perfora las estaciones. No se marchita en el verano ni cruje de frío en el invierno, sino que permanece en su sitio, como la espuma del mar o una cruz en una iglesia. Como dos escalones. Como nosotros.

Te preguntarás, tal vez, por qué te quiero. ¡Y qué sé yo! La razón habla solo cuando calla el sentimiento. Te quiero porque eres alto –aunque, a decir verdad, mides lo mismo que yo–, porque tu visión del mundo es distinta de la mía, porque te ves precioso en tu uniforme gris y porque me completas. No hay equilibrio en el vacío, ¿lo sabías? Tenemos la misma forma y el mismo color, y somos mansos –nadie nos tiene que faltar al respeto, como a los escalones taimados de un castillo– y rectos, pero, a la vez, ¡qué diferentes somos!

Cuando los últimos fantasmas salen del teatro y la calle Jovellanos se vacía, nos ponemos a hablar de nuestras cosas. ¿Qué has hecho hoy? ¿Qué has sentido? ¿Te ha gustado el aria de Jorge en *Marina*? ¿Y qué esperas del mañana? ¿Crees que vendrán a reparar al primer escalón del bloque central, que ayer perdió un diente? Tenemos tanto pasado a nuestras espaldas que a veces me pregunto por qué a las piedras no nos salen canas.

Te quiero, sencillamente, por eso, porque hemos caminado ya cerca de dos siglos sin necesidad de salir de nuestras coordenadas y, sin embargo, hemos viajado por todo el mundo, desde la alcoba de Doña Municipalidad a Cuba, y lo hemos visto todo, tropezones y besos robados, coches de caballos y de ruedas. Te quiero porque no me canso.

Y si un día, óyeme bien, el mortero nos desmenuzara y fuéramos pavesas o pentagramas huérfanos, nos seguiríamos amando, porque, cuando a una piedra le brota el corazón, su ternura se imprime en su memoria.

Te quiero como se quieren los seres humanos a los que servimos, con la gravedad, el fuste y la infinitud de una piedra.

**Pseudónimo: LAPIS**